

una revista de literatura sin literatura

Luis Gruss
Marcelo Miceli
Clarisa Tamini
Diego Skliar
Fernando Vico
Guillermo Torres
Damián Tabarovsky

EL IDES VÍO

entrevista
JAVIER DAULTE

fidelidad al procedimiento

2046 2046

año 1 / N° 1 / diciembre de 2006 / 6 pesos

año 1 / N° 1 / diciembre de 2006 / 6 pesos

una revista de literatura sin literatura

Luis Gruss
Marcelo Miceli
Clarisa Tamini
Diego Skliar
Fernando Vico
Guillermo Torres
Damián Tabarovsky

12101461

el desvío

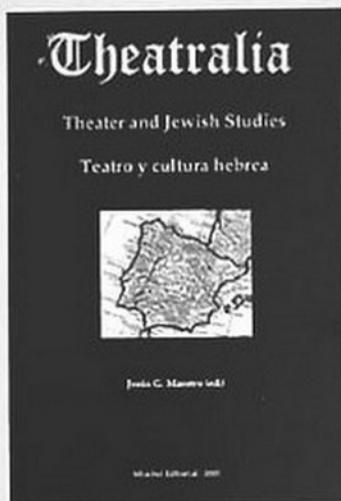
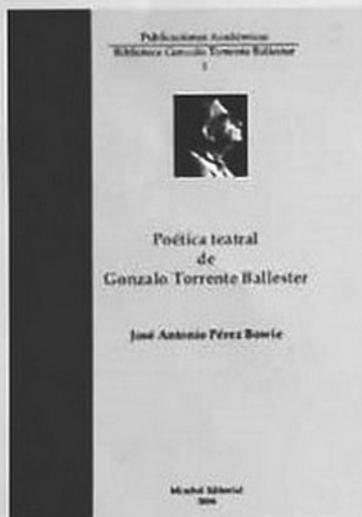
entrevista
JAVIER DAULTE

fidelidad al procedimiento



Mirabel Editorial S.L. pone a disposición de sus lectores una serie de publicaciones académicas y científicas que cubren las principales facetas de la investigación en las ciencias humanas contemporáneas. Mirabel Editorial S.L. quiere de este modo contribuir a la difusión de la Cultura y de las Humanidades, y proporcionar a los diferentes grupos sociales y a las diversas comunidades científicas y universitarias un medio compartido y plural de expresión, de comunicación y de interpretación.

*Teatro Novela Poesía Ensayo Cine Traducción
e Interpretación Lingüística
Crítica y teoría literarias Estudios Coloniales Feminismo*



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

www.mirabeleditorial.com mirabel@mirabeleditorial.com

Av. De las Carolinas 54 - Vilagarcía de Arousa - Pontevedra (36600) - España

VIVIR ES DESVIARSE

Falta mucho para 2046. Hay una película llamada así. Además es un número cualquiera. No pensábamos en eso cuando bautizamos esta publicación. El nombre se impuso al margen de nuestra voluntad. Queríamos -eso sí- hacer una revista de literatura: tenemos cierta debilidad por el mundo de los libros (no todos) y las palabras (todas) y nos gusta la idea de compartir ese placer con otras personas.

Nuestras primeras reuniones para definir el perfil de 2046 fueron un fracaso. No nos poníamos de acuerdo ni siquiera en la hora y el lugar de los encuentros. Sentíamos que el objetivo que nos habíamos trazado inicialmente se corría de un sitio a otro. Nos ayudó una inspirada frase de la escritora brasileña Clarice Lispector: *digo lo que tengo que decir, sin literatura*. Como a ella nos atrae la idea de suplantar la hojarasca retórica por la concisión. Pero sabemos que resulta más fácil formular un postulado que cumplir con él. La tentación de traicionarlo es poderosa y en ciertos casos incendiar los templos es parte de la religión.

No por azar el tema elegido para esta primera entrega es el desvío. Se supone que en todo proceso vital y creativo el desplazamiento resulta inevitable y aún necesario. *Vivir es desviarse*, decía Kafka. Escribir también lo es. Y cuando nos desviamos (de lo que sea) llega un punto en el que ya no sabemos de qué o de quién nos estamos alejando.

Iniciamos ahora un viaje incierto. Hablar de metas -pensando en cambios de rumbo- no sería coherente. Decir que un emprendimiento se hace camino al andar sería un lugar demasiado común.

Como los grandes navegantes del pasado arrancamos con viento en contra. Pero el tiempo corre a nuestro favor: para 2046 falta mucho todavía.



La digresión

LOS SURFISTAS | Diego Skilar / Marcelo Miceli / Luis Gruss / Fernando Vico

Otros mundos | Guillermo Torres

Por qué escribo | Juan Carlos Onetti

HUELLAS | Guillermo Torres / Luis Gruss / Marcelo Miceli / Diego Skilar

Entrevista | Javier Daulte

Los progre | Fernando Vico

EL DESVÍO | Diego Skilar / Marcelo Miceli / Luis Gruss / Fernando Vico

Lectores al paso | Betsabé Pap

Cartas de Violeta | Clarisa Tamini

Reseñas

Pockets

Idea, dirección y anarquía: Marcelo Miceli/Luis Gruss

Arte, diseño y casi todo: Ana Cuenya

Colaboraron en esta edición: Betsabé Pap, Diego Skilar, Fernando Vico, Clarisa Tamini,

Mariana López Piuma, Guillermo Torres, Damián Tabarovsky, Leonardo Dolores
y un montón de amigos y enemigos.

Registro de la propiedad intelectual en trámite.
2046 es una publicación de Ediciones 2046.

E-mail para hablar con nosotros, criticarnos o lo que sea: revista2046@hotmail.com

Impresión: Ferrograf C.T.L. / Distribución: Sin Fin Distribuidora / Pichincha 180 Cap. Fed. - 011 - 4951 6223

Lavandería: Lavelent. / Redacción: bares, casas, parques, etc.

Si la digresión cuestiona algo, es la jerarquía.

No cuestiona los aspectos más evidentes,
la linealidad de la exposición,
la sucesión de acontecimientos,
la progresión de la trama;
va mucho más allá, la digresión es antijerárquica,



impugna toda idea de superioridad (no hay temas más importantes que otros);
no concibe las funciones heredadas, los méritos, las distinciones,
suspende la homogeneidad, la verticalidad, el prestigio;
la digresión despoja al lenguaje de su eficiencia (no va al grano),
avanza por desplazamientos,
detesta la arquitectura (no tiene arriba ni abajo),
abomina la seducción (la digresión aburre),
no reconoce límites (para ella todo tiene que ver con todo),
impide la comunicación (es imposible de resumir);

la digresión es maleducada (adopta siempre la forma de la irrupción),
es absolutamente incorregible (no aprende nunca);
descrece del orden del discurso, de las formas establecidas.

La digresión es siempre de izquierda.

DAMIÁN TABAROVSKY / LAS HERNIAS

los surfistas

Luis Grass
Fernando Yico
Diego Skliar
Marcelo Miceli

A veces una tabla
de surf alcanza.
De lo demás se ocupan
el agua y el viento.
Todo consiste en dejarse llevar,
tratar de no caer, suponer
que las cosas van a terminar bien.
Después hay que
soportar una vida sin olas,
sin riesgos pero sin emociones.
O inventarla de nuevo
en las palabras.

Ritual

El mar acuna cuerpos de surfistas caídos. No siente peso en su espalda: la sal borra evidencias y cicatriza las heridas que alcanzaron el sueño de matar. El oleaje decora los cadáveres: rodea cuellos con algas, incrusta caracoles en orejas y satura con arena los órganos inertes. Las aguas erosionan muelas y disuelven gestos. Cardúmenes chupan ojos hasta dejar huecos a ser llenados por las perlas. El sol extrae pensamientos que luego regalará en otro hemisferio. La luna guarda recuerdos y los reparte entre marineros. Desde la orilla reclaman los cuerpos. Pero el mar no suelta a sus presas. Las envuelve con espuma y las arrastra lejos, hasta donde ya no hay tablas, ni velorios, ni costas.

Diego Skliar

Desde la orilla reclaman
los cuerpos.
Pero el mar no suelta
a sus presas.

Toda cuerda tiene un final,
decíamos.
Jugábamos al ahorcado
y decíamos eso
y ahorcábamos a nuestro jefe.

Teorías relativas

Mi jefe piensa que moverse es sinónimo de estar en movimiento. Desconoce las paradojas de Zenón que demuestran que la quietud es lo único comprobable. Que toda sensación es ilusoria. Entonces camina entre escritorios, no Zenón sino mi jefe, con una premura que le hubiera envidiado el mismo Aquiles en la carrera contra la tortuga.

Claro que mi jefe no es ningún tonto. En principio no fue tonto para ser jefe. Es un mérito que deben reconocer todos los no-jefes. Y si mi jefe cree que el movimiento debe ser demostrado con movimiento podemos catalogarlo como empirista. Un tonto no podría haber tomado tal determinación. No Zenón sino mi jefe. Por un tiempo creí que actuaba. Tiene eso que tienen los petisos de querer demostrar todo el tiempo lo altos que son. ¿Cuánto dura un ímpetu? No lo sabíamos aunque aplicáramos la segunda ley de Newton. Mi jefe vive en impulso constante, como si cada día fuese el primero. Para completar el panorama, fui su empleado cuando estaba en auge la película del *carpe diem*: hasta temíamos que se subiera al escritorio. ¿Y si lograba contagiarnos a mis compañeros y a mí? ¿Y si terminábamos subidos a las mesas hablando en latín?

Una revista de humor había sacado un artículo sobre matemática posmoderna: *Nuevas teorías de los matemáticos argentinos*. La teoría llamada Fórmula en as-

censo era señalada como uno de los logros más espectaculares de la ciencia argentina: "mediante una complicadísima fórmula, este científico ha logrado descifrar el sistema de ascensos, descensos, etc". Guardaba la revista bajo el teclado y cada tanto la espiaba.

Sin que un compañero hubiera visto la nota, pero como si lo hubiese hecho, dijo al verlo pasar "qué cara de garca tiene tu jefe".

Desde ese momento observé con atención, no la cara de mi compañero sino la de mi jefe. Intenté encontrar huellas que identificaran rasgos comunes para una tipología de garcas y creí descubrir algo en la manera de mirar o no mirar. Hasta aspiré con inocencia a que la nota fuera real, y no una broma, para prevenirme de futuras malas personas.

Toda cuerda tiene un final, decíamos. Jugábamos al ahorcado y decíamos eso y ahorcábamos a nuestro jefe. Era la última jugada, la de cuatro letras. A veces variábamos y aparecían sinónimos, según el humor del día. Pero claro que ésto es simbólico.

Al final hice lo que tenía que hacer desde el primer día en que apareció: irme, dejarle el campo libre para su pantomima de hombre ocupado. Ocupado en moverse. Ahora me dedico a lo que mejor hago: estar quieto y mirar. Esta primavera se me dio por los surfistas. No caminan entre las olas pretendiendo engañarlas. Recostados en las tablas, mueven un poco los brazos y nada más. Como aleteando. Recién se alertan cuando se aproxima la ocasión. Entonces le dan sentido al movimiento y suben a la ola. Se desenvuelven intuitivos: las matemáticas poco sirven allí.

Y después vuelta a empezar. Los surfistas y yo. Así de fácil.

Marcelo Miceli



Las olas

1/ La misma tabla que me salva es la que me hunde.

Entré al mar y dije también:

-La ola que llega es la misma que se va.

2/ Playa vacía, agua helada, ninguna ilusión. La tabla es o era de espuma sintética y fibra de vidrio. Casi no pesaba. Mi incertidumbre era una mezcla de peso y herrumbre, una pesadumbre. Entré al mar como quien sale. Salté primero las olitas próximas, después las grandes y lejanas, pasé la primera rompiente, dando brazadas superé la siguiente, llegué por fin a esa sopa de aceite donde no pasa nada: mar desierto y calmo, cuerpo horizontal, las manos en el agua manchada por medusas. Era un vaivén catódico bajo un sol mugriento. Lo hermoso anticipaba la desgracia. En silencio aceché la ola perfecta; diez metros de altura, denso esperma en la cresta, profundo tubo interior para maniobrar con las quillas obscenamente expuestas. La ola de mi vida era un hueco donde me oculté haciendo equilibrio ante la muerte, última novia. La ola gigante se parecía a las fauces de un animal que abraza. Tenía que avanzar venciendo al miedo. ¿O era el miedo el motor de mi existencia?

3/ Soy casi un muerto sobre la barca inmóvil. Usé los brazos como remos, pensé en algo o en alguien. Un pez. De lejos parecía un barco de los que esperan turno para entrar al puerto. O la torre oxidada de un barco. Traté de atisbar alguna cosa en la playa: la gastada punta del faro, quizás la silueta difusa de un cuerpo corriendo solitario por la orilla, el bosque de alisos que fatiga la cima de los médanos. Todo era lejos entonces. Y lo que estaba cerca no importaba.

4/ El viento peina suavemente el oleaje de la hierba. Lirios del campo, ¿por qué me abandonaron?

Todo era lejos entonces.
Y lo que estaba cerca
no importaba.

5/ Olas de hombros, olas de cintura, olas de sexos, olas de rodar sin causa. Las orilleras son las más peligrosas; si una de esas rompe en mi cabeza (pensé) voy a dar al fondo con mis huesos. Prefiero las que se arman a cientos de metros de la costa. Escalé zigzagueando por la pared de agua y, una vez montado en la cresta, viré bruscamente para volver a bajar con la violencia de un castigo. Navegué luego por la rompiente. Fui empujado por la ola mayor. Me encontraba a diez kilómetros de la Isla de Todos los Santos. Una montaña gelatinosa me envolvió por completo. De pronto me llevó hacia arriba y hacia abajo al mismo tiempo; me paré con las piernas temblando sobre la tabla, incliné apenas el cuerpo, extendí los brazos para volverlos a juntar como un soldado: las manos colgaban como trapos. El mar azotaba los costados, el viento y la ola decidían mi destino. Yo maniobraba como había aprendido en Hawai y en la playa negra de Waikiki. Creía como tantos que el mundo me pertenecía y que podría ganarle carreras a un tsunami tan alto como el cielo. Pero no fue así. Cuando el momento llegó no estuve preparado. Nunca estamos listos cuando llega la oportunidad. Caí en un pozo de mar profundo y perdí el sentido. Me rescataron hace un rato unos pescadores chinos y me depositaron en esta playa de corales donde agonizo. La cabeza apoyada en una piedra, mi pecho ensangrentado, la mano garabateando palabras sueltas en este papel sucio que irá a parar -seguramente- a una botella de naufragio como las que se ven en los museos. Quizás alguien la encuentre mañana. Debo morir en instantes. Ya mismo. Pero aún así espero enormes cambios en el último minuto. Y alguna ola que me salve.

Luis Gruss

Principiante

Hace unos años leí un libro que me cambió la vida. Pero para mal. *Surf para jóvenes principiantes*, era el título. Su autor, un tal Jack Michael Winters. Lo compré en una librería de la calle Corrientes y lo hojeé mientras tomaba un cortado en la confitería Farándula. Durante los días posteriores lo estudié, lo examiné, lo subrayé y anoté en un cuaderno las ideas principales y secundarias. Después decidí comprarme un traje de neoprenne, una tabla medium y el disco con los grandes éxitos de los Beach Boys.

Cuando me sentí preparado física y mentalmente viajé por la ex ruta 2 con destino a Mar del Plata. Septiembre, el mes del amor, de los cambios, de la juventud, de los nuevos desafíos. Me encaminaba hacia una vida distinta: montar en las olas como quien se sube a una cornisa, entablar una relación con la inmensidad del océano, sentir el viento en la cara, la humedad, el peligro.

Ser un joven principiante, en principio, era algo atractivo. Sin embargo, lo que apenas se insinuaba en una frase del libro, en la mezquina frialdad de la ex Playa de los Ingleses se convirtió en una pesadilla. La tabla se escapó, la ola golpeó, la tibia se partió, el cerebro se conmovió.

Apenas volví a Buenos Aires, mientras me recuperaba de la lesión, unos delincuentes ingresaron a mi casa de la ex calle Republicuetas. Me ataron, me golpearon y se llevaron todas mis pertenencias, incluido el disco de la banda californiana. En el momento en que hice la denuncia a la policía los agentes se percataron de que no tenía forma de justificar mis bienes.

Un fiscal actuó de oficio y comenzó un largo proceso judicial que derivó en una condena de tres años de prisión en suspenso. Además me inhabilitaron para ejercer mi profesión. La incertidumbre de la condena me llevó a tener ataques de pánico. Por eso un día me caí en la calle y debieron internarme de urgencia en la ex Casa Cuna. Desesperado busqué a Jack Michael Winters para decirle que su libro me había cambiado la vida. Gasté los últimos pesos que tenía en contactarme con la editorial y con un homónimo que vivía en Ohaio.

Cuando ya nada tenía sentido, decidí volverme crotto. Yirar sin rumbo, vagar, meditar y comer las sobras que tiran los demás. Entablar una relación con la inmensidad del asfalto, sentir el viento en la cara, la humedad, el peligro. Hace cuatro años que llevo este modo de vida. Si quieren encontrarme cartoneando, pueden buscar todas las tardes en los vagones del ex ferrocarril Mitre.

Fernando Vico

Desesperado busqué a Jack Michael Winters para decirle que su libro me había cambiado la vida.

TEJEDOR

El hombre teje a la orilla del río. Sus ojos se reflejan en el agua inquieta ante el observador. Las manos del tejedor se mueven como un insecto en días de lluvia: los hilos de lana se entrecruzan en un chal. Los árboles cercanos mienten con sombras más extensas que sus cuerpos pero ofrecen una frescura austera. El sol acecha sin intimidar.

Una de las agujas cae sin aviso. El hombre se hunde en el río para recuperarla y siente resbalar la tibieza del agua. El fondo está oscuro. No hay rastros del objeto extraviado; sin embargo algo brilla. Entre las plantas que cubren el piso se ve un zapato de taco, tan blanco como los dientes de un niño. Está enredado en una planta, resignado a su prisión de líquido y barro.

El hombre regresa a la superficie en busca de oxígeno. Lo espera un chal dormido entre la madeja. La luz del día se le hace difícil de soportar y vuelve a hundirse. Ahora su mirada

logra convivir con la negrura. Muy pronto

la tierra que flota dibuja formas nítidas. Entonces se deja ver, como recién creada, la aguja perdida.

El tejedor la sujeta con violencia. Antes de escapar el zapato ahogado lo ilumina. Y no puede ceder ante la belleza. Sus

manos luchan contra la planta que asfixia. Hay algo personal en esa puja, un reclamo íntimo. Pero el río no tarda en

contestar: lo golpea y lo arrastra dormido.

Cerca de la noche un pescador encuentra el zapato perdido y lo arroja dentro de la canoa con la indiferencia de los hombres de la isla.

Allí, entre los cuerpos de los peces, el objeto encuentra su lugar. Y vuelve a darle brillo a la calma cuando la luna aparece.





por qué escribo

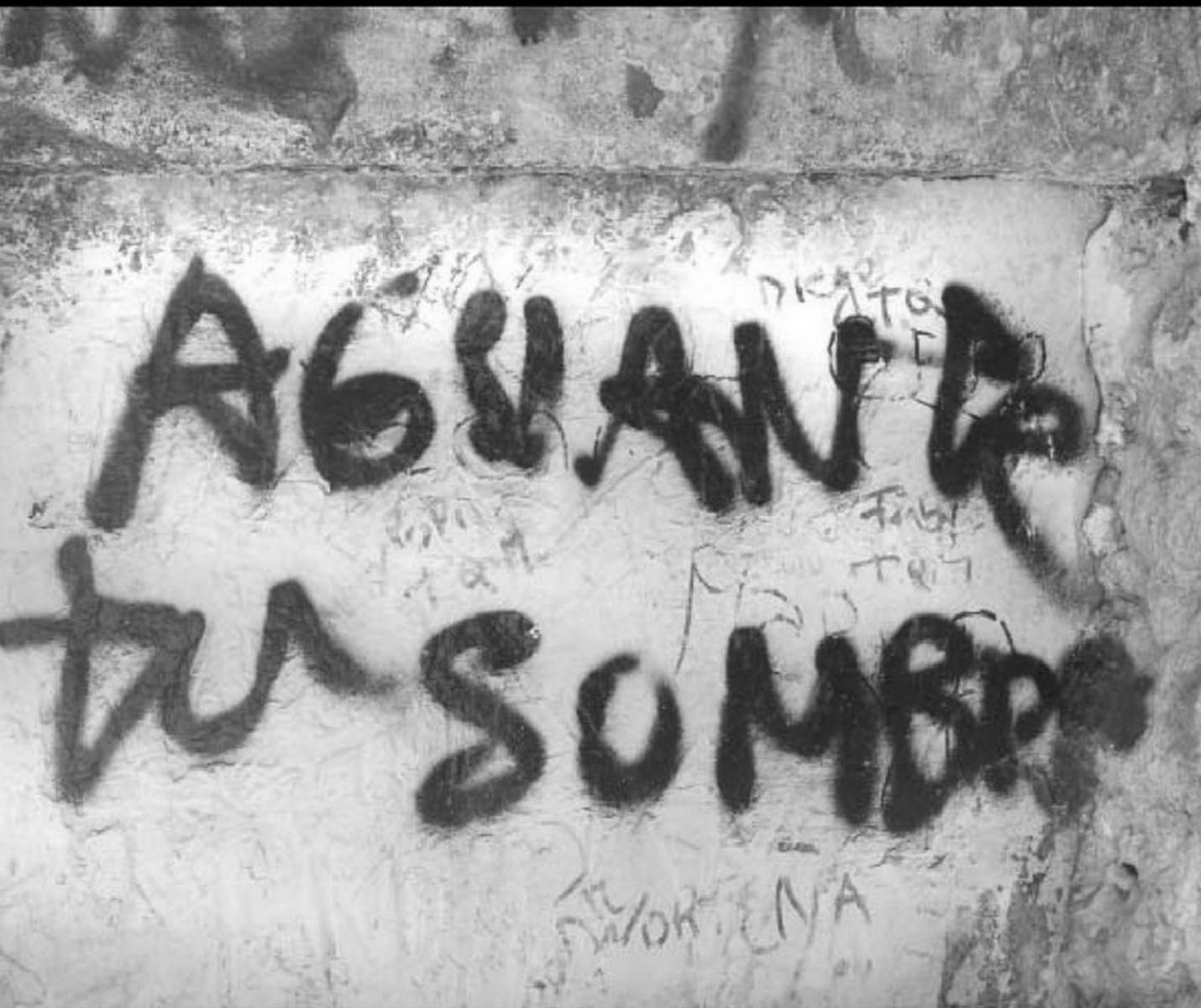
"Para mi vicio, para mi dulce condenación"

JUAN CARLOS ONETTI
(1909-1994)

"Mi respuesta a esta pregunta es tan simple como inútil: no sé por qué escribo. Soy un hombre tan dejado de la mano de Dios que no tengo ni el más mínimo demonio, ni el menor fantasma que me obligue o me suplique su exorcismo. Escribo porque para mí es un acto amoroso que me produce placer. Escribo para mi vicio. Para mi dulce condenación. Sería muy osado, y me arriesgaría incluso a la esterilidad, si decidiese descubrir y revelar el móvil que me fuerza, de vez en cuando, a manipular, a veces en pleno día, a veces en el insomnio de la madrugada, una lapicera y un pedazo de papel para dibujar una frase, reemplazar un adjetivo inadecuado que se me escapó el día anterior o escribir dos o tres páginas. Puedo certificar que mis libros están libres de todo compromiso, incluso con sus hipotéticos lectores. Es probable que

entre los veinte y veinticinco años me haya importado mucho que me leyeran. Hoy no me importa nada que se publique o no se publique lo que estoy escribiendo. Eso no depende de mí. Tampoco tendría interés en escribir si supiera de antemano lo que va a pasar en mis obras. Lo único que me importa es hacer una cosa detrás de la otra, sin intención, sin sentido, como si otro (o mejor otros, un amo para cada acto) le pagara a uno para hacerlas y uno se limitara a cumplir en la mejor forma posible, despreocupado del resultado final de lo que hace. Una cosa y otra cosa, ajenas, sin que importe que salgan bien o mal, sin que importe qué quieren decir. Siempre fue así: es mejor que tocar madera o hacerse bendecir; cuando la desgracia se entera de que es inútil, empieza a secarse, se desprende y cae".

* Respuesta brindada por el escritor uruguayo a una encuesta del diario francés *Libération* que abarcó a escritores de casi todo el mundo. La consulta, realizada en 1985, fue reproducida años después por la desaparecida revista *Babel*.



huellas

Las pisadas,
las marcas que dejamos o nos dejan.

Los autores escriben y envían señales diversas:
visibles algunas,
invisibles casi todas las demás.

Mujer dormida

Te beso por besarte y me recuesto en la silla. Mi espalda pesa más que de costumbre. Tal vez sea el aire frío que recorre la sala o esa canción mezclada con humo. No recuerdo haberte visto tan dormida, tan suave. Tu nariz de pájaro está quieta y también tus manos. Me acerco otra vez y soplo tus pestañas. Afuera se escuchan ruidos que parecen provocar a tu cuello. Soñas con esa lámpara de la que nos reímos a menudo o con el tablero de ajedrez. Envidio tus deseos cuando no estás despierta. Tomo tus dedos, uno por uno, pero las cosquillas no te alteran. Acaricio tus pies como en el agua, aunque el roce es leve. Me gusta pensar que vas a estar así por siempre: desconocida, ligera. Vuelvo a besarte y te entrego mis sueños: un buey con anclas. Aguanto la respiración hasta que tus ojos se abren. Bostezás con ganas y preguntás por el disco que dejó de sonar. Pedís agua con la voz cortada. Busco un vaso deseando que te vuelvas a dormir. Sólo puedo tenerte así.

Guillermo Torres

Me gusta pensar
que vas a estar así por siempre:
desconocida, ligera.

Hary

Esa tarde bajaba yo a los tumbos por una pendiente casi vertical. Me habían dicho que derivando con paciencia entre la ruta y el desierto encontraría auténticas huellas de dinosaurios. Supe que a diferencia de las marcas efímeras del pie humano, las de esos animales pudieron asentarse con firmeza. Mientras derrapaba hacia la base del cerro confirmé que hace años no llovía en la región: nunca había visto un escenario tan seco y despiadado. Apenas la sombra de Hary nubló el sol unos segundos.

Me deslicé torpemente en el descenso. Llegué a pensar en volver. Pero no lo hice. Me animaba saber que las huellas de los dinosaurios dicen mucho sobre su comportamiento. Parece que hasta es posible imaginar las maneras diversas de andar que adoptaron antes de ser fulminados: a paso normal, a la carrera, a saltos o en vuelo rasante. Debo admitir que esa tarde yo no estaba en buen estado: al mediodía había bebido más de lo conveniente. Así, dejándome ir hacia adelante y hacia abajo, enfilé en dirección al yacimiento. El viento me volteaba en el furor de la caída. Pero yo seguía alerta como ave de montaña.

Volví a pensar en Hary, en su doble chal de lana, en la asombrosa velocidad con que esa mujer armaba y desarmaba mi destino. También evoqué la penumbra que se ahonda entre sus pechos. Eran otros tiempos. Yo estaba enamorado y no pensaba en dinosaurios. Mientras resbalaba entre las rocas volví a mi mente cosas vagas e inútiles. Retrocedí a cierta escena de los comienzos. Hary me había besado sin avisar; lo había hecho en un ascensor y, luego, muy cerca de la escalera de incendios.

Así continué desatando nudos mientras sorbía las últimas gotas de mi cantimplora.

Sabía que mirando atentamente podría dar con esos huecos triangulares que se ramifican desde el talón hasta los extremos. Ya había visto imágenes así. Igual me resultaba difícil imaginar cómo hacían los mastodontes para sostenerse con garras de pajarito. Pero fue justamente eso lo que vi poco antes del anochecer. Imaginé una invasión de manadas ancestrales. Vi por fin las famosas huellas repartidas en el campo. Pero me concentré en el ejemplar más añorado: diez toneladas de peso, quince metros de largo, poderosas vértebras dorsales, dientes en punta. Me senté, cansado, sobre la tierra negra. Observé en silencio los movimientos lentos, pesados, asombrosamente enérgicos. La bestia avanzaba hacia mí con intenciones ambiguas. Recordé a Hary cuando entraba al cuarto y, con sus pies apoyados en los míos, me empujaba hacia el abismo. No quedaron huellas de esos dedos inocentes. Todo oscureció. Y al rato me quedé dormido.

Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí.

Luis Gruss

Todos los meses en los kioscos.



Campo Grupal

La mejor manera de esperar es ir al encuentro

Los baqueanos

En Brazo Rincón, a un kilómetro de la frontera con Chile, los atardeceres platinados son indescriptibles. Y toda esa folletería Greenpeace. Mi mujer, mi cuñada, mi cuñado y yo pasamos dos días durmiendo en carpa y metiendo el aire puro hasta en las uñas. Mi cuñado, sin cerveza, es un tipo silencioso que los fines de semana vive entre lagunas y montañas. Toda esa aura del macho montañés atrae a las mujeres. Puede tratarse de una forma inconsciente de acercarse a Benetton. También están la pava sobre las brasas, la recolección de flores silvestres y los pies en la orilla. El agua congelada del Nahuel. En misión masculina, seguí a mi cuñado cuando empezó a bordear el lago por la derecha. Iba con su caña sin anzuelo. Yo, con las manos vacías. Caminamos un trecho por el agua. Las huellas descalzas persistían sobre esa mezcla, ni amarilla ni marrón, de arcilla y arena. Me sentía el primer hombre en la tierra. Adán, sí. A las Evas les habíamos encargado la opción del costillar en el caso de una mala pesca. Creí que su andar ligero obedecía al conocimiento del terreno. O al entrenamiento por bosques y colinas que hacían a sus piernas fuertes como troncos, livianas como juncos. Tras media hora de caminata, sólo me llegaban imágenes del manual de geografía. Entendí que quería deshacerse de mí al verlo enfrente, habiendo superado una curva que posibilitaba el cruce hacia el otro lado sin mojarse. Su reloj reflejó uno de los rayos antes del, sí, anochecer. Estaba lejos en distancia y en sombras. Empecé a tener frío, por lo

Paso entre dos hamacas y las golpeo.
Supongo que querían moverse
solas en la tormenta
y no podían hacerlo sin ayuda.

que regresé con rapidez, sabiendo que aún me quedaba por atravesar una depresión de más de cien metros, con el agua hasta la cintura, para llegar a la carpa. Mi cuñado apareció a la hora siguiente, ya la noche cerrada, como si nada. Y sin pescados.

Unos años después, debido a trámites que solo son posibles en las grandes ciudades, hospedamos a mis cuñados en casa. No podíamos ofrecerles grandes paisajes, pero nos esmeramos por brindar un derrotero de shoppings, teatros y restós. Algo abrumados, y sin apartarse de nosotros, compartimos reflejos distintos a los que ofrece la naturaleza en el sur del país. Invité a mi cuñado a almorzar cerca del trabajo, en plena Corrientes y Florida. Llegó junto a su mujer y la mía: hermanas, si la aclaración es necesaria. Ellas aprovecharon la peatonal para las últimas compras. Las hamburguesas de la esquina estaban bien, que no me preocupara: pero yo quería dedicarle una decorosa comida final. Aunque lo descarté enseguida, pensé en algo con pescado. De pronto recordé un bolichón escondido en una galería, yendo hacia Viamonte, a tres o cuatro cuadras de donde estábamos. -Seguíme -le pedí. Comencé a apresurarme debido a que mi almuerzo laboral debía resolverse en una hora reloj. No sé si a mi cuñado le habrán servido sus pies ligeros para alcanzarme entre todo ese mar de gente.

Marcelo Miceli

A veces los autos van muy rápido y las mujeres cruzan distraídas. El médico dice que debo tener fe. Yo no creo que sea necesario estudiar tantos años para diagnosticar así. Llega una amiga y me propone que vaya a bañarme y descansar. No dudo: mi ropa huele a inyecciones. Salgo del hospital. La caída del sol acelera el regreso de los conductores. Yo camino en sentido contrario al viento. Voy seguro, apoyando primero el talón y luego el resto del pie. De frente vienen una docena de chicos con traje que parecen entusiasmados. Supongo que recibirán un diploma. Algunos se rien del que lleva muletas. Pasan a mi lado y dejan ráfagas de perfume que intento retener. Quiero quitarme el olor que llevo. A veces los autos van muy rápido y las nubes toman el cielo de golpe. Una gota gruesa pega contra el asfalto y se expande. Luego otra. En unos instantes el agua cae como cortinas pesadas. Algunas señoras arrastran a sus hijos hasta debajo de los balcones. Otros se cubren con diarios. En alguna parte, otra vez vuelan los techos. Una hoja seca que flotaba como si aún tuviese vida recae hasta deshacerse en la vereda. Yo no me cubro. Pienso en cómo será el ruido de la lluvia en el hospital. Quisiera saber si el chico de muletas está a salvo. Cruzo la plaza en diagonal. Me embarro los zapatos mientras un rayo enciende la noche. El pulóver multiplica su peso. A cada pisada creo hundirme en la superficie de tierra y vidrios del sector de juegos. Paso entre dos hamacas y las golpeo. Supongo que querían moverse solas en la tormenta y no podían hacerlo sin ayuda. Saco un cigarrillo y lo prendo después de cuatro intentos. Lo protejo de la lluvia con una postura de la mano que aprendí hace años. Llego a casa. Estoy tan mojado como se puede. Atravieso el pasillo a oscuras escuchando la música de mis pies en los zapatos. Enciendo la luz del cuarto esperando ver manchas de barro en el suelo. No las encuentro. Mañana tengo que volver temprano al hospital. Me acuesto sin descalzarme. Me pregunto cuándo dejé de marcar huellas al caminar.

Diego Skliar

Es dramaturgo, psicólogo,
ensayista, guionista de televisión,
maestro de actores y padre
de un adolescente. Obras suyas
como *Bésame mucho* y *Nunca estuviste
tan adorable* figuran entre lo mejor
del teatro argentino contemporáneo.

Javier Daulte (43 años,
artista inclasificable) se desvía
un rato y dialoga con 2046.

MÁQUINA

daulte

Error, obstáculo, desvío...¿el arte nace de la interferencia?

Así es. Cuando un obstáculo se vuelve vehículo inmediatamente se transforma en un procedimiento de trabajo. El error puede salvarse con técnica. Tenemos que aprender a escuchar el desvío y la interferencia porque ahí seguramente se oculta una verdad.

Como la falla en el psicoanálisis.

Cuando un material falla hace síntoma, claro, como ocurre en el análisis. En ese punto se enciende una certeza genuina. Que Hamlet tenga 23 años en el primer acto, 29 en el segundo y 33 en el último es un hecho que puede ser visto como un error. ¿Qué hago entonces? Corrijo la falla o trato de encontrar qué esconde.

¿Cómo convertir el desvío en procedimiento?

Toda actividad creativa tiene condicionamientos; debe superar en su camino casi infinitas alteraciones. La libertad total es ilusoria. Suelo dar el ejemplo de un documental de Lars Von Trier llamado *Las cinco obstrucciones*. Lo interesante ahí es que el director trata de hacer cinco variaciones sobre *El ser humano perfecto*, un corto de Jorgen Leth de 1967. La primera obstrucción consiste en que ninguna toma puede durar más de doce cuadros. Y así, con otras características, ocurre con las siguientes. Una de las dificultades planteadas, quizás la peor, es



dar libertad total al creador. Pero, como dije antes, esa opción no existe. Si viene un productor y me dice que haga lo que quiera yo le preguntaría: ¿puedo poner 1700 actores en escena? No. Entonces hay límites. En la Argentina sabemos mucho de eso: los condicionamientos fueron un puente para las manifestaciones artísticas más interesantes. El muro, insisto, es un vehículo

¿Vehículo de qué?

Soy bastante radical al respecto. Y es que el sentido último de una creación (hablo de sentido y no de contenido) es algo que no puede estar previsto ni siquiera por su propio creador. En la medida en que un procedimiento se siga a ultranza las consecuencias serán sorpresivas también para el artista. Este último está dominado por un eje que no es el de la voluntad ni el de la conciencia. Mi postura nace de oponerme a la explicitación deliberada de los contenidos que se concretó en los años de la dictadura y también después. Ese contenidismo sigue siendo el gran modelo de trabajo del teatro argentino.

Si pensamos en un arte donde los contenidos donados al receptor son aquellos previstos por su creador estamos para mí en una visión dictatorial, fascista y manipuladora de la creación.

Tal vez se oculte ahí una visión romántica del arte.

Es posible. En tiempos de mi adolescencia había que captar el único sentido de una obra. Se nos preguntaba si la habíamos entendido. Y si no accedíamos a esa presunta verdad esencial significaba que no habíamos pescado nada. Si pensamos en un arte donde los contenidos donados al receptor son aquellos previstos por su creador estamos para mí en una visión dictatorial, fascista y manipuladora de la creación. Desde esa mirada se supone que artista es aquel que ha conquistado, vaya a saber uno por qué, un nivel de verdad que transmitirá a todos aquellos tan iluminados como él.

A veces el público -el sentido común- refuerza esa idea.

La gente va a dejarse conmover por el autor de la obra generalmente ubicado en un lugar superior. Eso debe ocurrir y es bueno que suceda si el artista también se encuentra entre aquellos que son cautivados por la obra. También el autor debe ser sorprendido por el sentido último que adopte su creación, constituyéndose en un receptor más.

¿Hay un objetivo en la creación?

Siempre lo hay. Pero transcurre dentro de un mundo propio, el del teatro en mi caso. Esto resulta más claro en la pintura. Van Gogh fue al sur de Francia porque la luz era mejor. Le interesaba pintar una luminosidad que no encontraba en el norte de Europa, donde los colores no terminan de verse. Después uno puede visitar el museo de Ámsterdam y ver cuadros con recurrentes escenas de pobreza entre los campesinos. Hay algo entonces que se vuelve contenido. Pero lo que le interesaba resolver a Van Gogh era el problema de la luz. Que tuviera una sensibilidad especial ante la gente pobre era inevitable. Pero esa inclinación no explica su arte. Si él hubiese vivido en un palacio hubiera pintado chicas bien vestidas en los jardines. Pienso que no se puede forzar a nadie a plasmar en su obra una ideología determinada.

Borges sería otro caso.

Claro. ¿Por qué Borges se volvió durante años un personaje tan controvertido para la izquierda bien pensante argentina? Justamente porque su sensibilidad social estaba en contradicción con quienes supuestamente apreciaban más su arte. Su compromiso era con la literatura. Tampoco la obra de Brecht fue fantástica gracias a su militancia comunista. Lo fue a pesar de ella.

El tema aparece en tu ensayo titulado *Juego y compromiso*, donde decís que ambos factores no son antagónicos.

LA ADAPTAFOFOSIS

Como al pasar el dramaturgo comenta una experiencia reciente. "En Europa hice *La metamorfosis* con La Fura del Baus escribiéndola y codirigiéndola -cuenta-. Todo el mundo sabe, aunque no haya leído a Kafka, que el texto original habla de una transformación en cucaracha o algo parecido. Ese fue el problema inicial dado que todo conocimiento previo tiene un peso en la narración. Para salvar esa dificultad nos inspiramos en el fenómeno de los *hikikomori*, esos jóvenes japoneses (y de otros países) que se encierran en su cuarto y no quieren que nadie los saque. Constantemente amenazan a la familia con la posibilidad del suicidio. Sólo quieren que se les lleve comida, que los dejen tranquilos con su computadora y videojuegos. Hay algunos adolescentes que ya pasaron seis años sin salir de su habitación: esto afecta al diez por ciento de los jóvenes japoneses. Nos pareció interesante traspasar la situación a la Barcelona de hoy, con actores que se van deteriorando en el transcurso de la representación hasta convertirse en el monstruoso insecto kafkiano".



PERVERSIÓN

Dispuesto a pagar el precio de una impostura, Daulte dispara munición pesada contra el Teatro por la Identidad.

"Cuando somos víctimas de una gran injusticia todos querríamos ser revolucionarios, sociólogos, abogados -fundamenta-. Nos gustaría en tal caso formar parte de una disciplina que ayudara a combatir el mal generalizado. Pero si somos artistas lo único que sabemos hacer es pintar, componer, escribir, actuar, etc. Si hiciéramos otra cosa el arte se pervertiría en función de esa otra cosa".

El entrevistado avanza en su razonamiento. "Cuando ya no existe la represión y alguien quiere hacer política desde el teatro: ¿para qué lo haría? Si nadie lo prohíbe, ¿por qué no hace política directamente? Por eso estoy en contra del Teatro por la Identidad: porque justamente ahí es cuando el arte se convierte en medio. El golpe de '76 me agarró con trece años. El teatro era el único espacio donde burlarse de la censura. Eso era absolutamente necesario tanto para quienes lo hacían como para quienes lo veían. Pero hoy la realidad es otra".

Reivindico mucho el aspecto lúdico del teatro. Claro que se trata de un juego que no siempre es fácil. El arte es un juego donde el resultado de la acción nunca es previsible, dado que en ese acto está comprometida la subjetividad, el inconsciente del creador y del receptor. Ahí es donde se produce el desvío: un exceso que no estaba previsto en las reglas previamente establecidas. En el truco, por ejemplo, nunca es posible que el as de bastos mate al as de espadas. Pero en el arte sí puede darse que las reglas sean superadas. Antes que nada la obra es una celebración, una afirmación, una confianza. Hay que terminar con la asociación entre arte comprometido y solemne -por un lado- y arte lúdico con frivolidad por el otro. Por eso hablo en mi ensayo de juego y compromiso. Porque ambos conceptos no están reñidos.

¿Cómo se vinculan?

El juego implica un elemento ineludible para su ejecución: el compromiso. ¿Pero de qué compromiso estamos hablando? De la fidelidad a las reglas que ese juego establece. Cuanto más me someta a ese límite, más entretenido y apasionante será el juego resultante. El compromiso le da sentido a la regla y la regla le otorga un sentido al juego desatado. En conclusión: en toda actividad artística el único compromiso posible es con las reglas. Hay un dispositivo -una suerte de máquina- que permite que una obra funcione por sí sola más allá de los contenidos. Estos últimos, como vengo diciendo, son una consecuencia natural de lo anterior.

Un dispositivo eficaz.

Desde mi punto de vista lo que debe haber es fidelidad al procedimiento utilizado. Al final del camino es posible que sobrevenga un sentido capaz de generar una verdad a posteriori.

Hablaste una vez del creador como de un niño que, en una segunda instancia, actúa también como un matemático.

El tema es cómo generar las condiciones para que en el proceso creativo emerja una verdad que permanece oculta para su propio generador. En ese sentido creo que debe ser suspendida la especulación para dejar que algo se suelte o se desvíe. El niño escribe con la mayor ingenuidad. Pero luego es necesario que haga una lectura consciente de su trabajo. En ese lugar pongo al matemático, para que vaya descubriendo una legalidad en esa escritura ingenua. Una vez encontrada se produce una nueva instancia para que el niño pueda seguir escribiendo. Si solamente el que escribe y lee es el matemático (es decir: si hay pura especulación) estaríamos haciendo un arte digitado, un arte más parecido a la publicidad donde todo está calculado. Por eso digo en mis clases que cuando el actor aprende cómo



actuar debe aprender, a partir de ese momento, a dejar de ser actor.

¿A desaprender?

Desaprender en el sentido de saber ocultar el procedimiento. Por eso en literatura me gustan tanto los relatos de Salinger. Porque el autor de *El cazador oculto* da la sensación de escribir todo en una tarde, naturalmente, como sin pensar. Cuando en verdad hay detrás un trabajo enorme. Salinger no muestra esa dificultad. Apenas la utiliza como vehículo.

Tampoco un buen director de teatro revela secretos.

Exacto. Pienso por ejemplo en Daniel Veronese y su último gran trabajo: *Espía a una mujer que se mata*, obra basada en textos de Chéjov. Veronese empezó con objetos y luego, tardíamente, se volcó a trabajar con actores. Lo veo muy suelto en esa tarea: para eso no hay nada mejor que estar relajado. Supongo que para escribir es igual. Lo peor que le puede pasar a un artista no es hacer mal una obra sino perder el deseo genuino de seguir escribiendo.

El arte es un juego donde el resultado de la acción nunca es previsible, dado que en ese acto está comprometida la subjetividad, el inconsciente del creador y del receptor.

Ahí es donde se produce el desvío: un exceso que no estaba previsto en las reglas previamente establecidas



EL REY

Siguiendo en su línea políticamente incorrecta Javier Daulte defiende la obra de Stephen King. "Es un escritor que admiro muchísimo", admite. Y recomienda especialmente la lectura de su último libro de cuentos: *14 relatos oscuros*. "Aún en las peores novelas de King encuentro aspectos narrativos extraordinarios -dice-. King tiene una función impresionante que es la de hacer leer a gente que no lee. Esto es un valor para tener en cuenta. Por esa misma razón hay que tener cuidado con los best sellers. Dan Brown hizo leer a mucha gente, algo que lamento porque escribe muy mal. Pero aún así está bueno que la gente lea. Todo lo que se lea de King está bien escrito: es el espíritu sajón de la literatura. Mientras un escritor francés se enamora de las palabras, el sajón se enamora del relato y se concentra en el arte de contar. ¿Dónde están los Dickens? ¿Dónde los Conan Doyle? No hay. Sí hay Harry Potter, una historia que hace leer novelas de quinientas páginas a niños de quince años".

¿Cuál es el riesgo?

El peor riesgo en la vida es dejar de correr riesgos. Para mi gusto en toda creación deberíamos estar dispuestos a correr, por encima de todo, riesgos artísticos. El arte, más que decir cosas importantes, debe golpear. Para eso, y para ampliar sus horizontes, debe recuperar su condición de innecesario y también su lugar de incomodidad respecto a la cultura establecida.

A veces en nombre de la trasgresión se actúa irresponsablemente.

Y sí. Parafraseando a Lacan yo diría que el teatro puede ser cualquier cosa mientras no sea cualquier cosa. Para decirlo de otro modo: el teatro puede ser lo que quiera mientras no se convierta en televisión o plástica o danza. En tal caso empezariamos a hablar de otra cosa. Las disciplinas *borderline* como la danza-teatro, las instalaciones, el happening y demás tienen una particularidad compleja: no juegan con los límites sino que son el límite. Pero esa es una discusión en la que prefiero no involucrarme por ahora.

Mejor no hablar de ciertas cosas...

Creo que ya hablé demasiado, ¿no? 



Los reprochadores

No les gusta andar anunciándose como reprochadores, qué va, prefieren la sutileza para dar a conocer su obra. ¿Quién? ¿Yo? No, estás muy equivocado. Demasiado esfuerzo hago para que vengas con eso. Entonces, cuando todo se aquieta, callan por un instante y de repente miran con cierta carita y de sobrepique escupen alguna que tenían guardada. La dicen rapidito, como quien se saca un peso de encima. Después resoplan. A los resopladores les encanta resoplar. Buff. Y en cada resoplido van impregnando el aire con sus demandas. Ahí es donde miran para atrás y comprenden que todo podría haber sido distinto. Si yo hubiera, si no te hubiera hecho caso, si la hubiera escuchado, por qué no habré, para qué, por qué. Ellos llevan en la piel marcas de una traición que nunca olvidarán, tienen una madre que no los quiso, un padre que los maltrató, un mejor amigo que les robó la mujer, un jefe que los explota, una nueva mujer que los humilla, tres hijos que dan disgustos, un gobierno que los estafa, un portero que los vigila, mil delincuentes que acechan en la calle y un chino del mercadito que les quita el trabajo. Buff. Bastante esfuerzo hago. Los reprochadores utilizan la ciudad como caja de resonancia para sus iniciativas. Madre e hija, hermano y hermana, esposo y esposa suelen brindar espectáculos memorables en el arte de la queja. Los ataques se multiplican para regocijo de los vecinos y curiosos que escuchan detrás de las paredes (y rasguñan las piedras). Al final, cede el griterío y se firma una pequeña tregua. Una declaración de paz mínima que concluirá en el preciso instante en el que alguno, después de un silencio más o menos prolongado, mire con carita y, antes de resoplar, diga casi sin mover los labios: viste, yo te dije.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL IDES VIVO

El pez banana se corrió una vez del camino correcto
y entró a una cueva por una delgada grieta.

Comió sin parar 78 bananas y tanto engordó
que ya no pudo salir de esa trampa mortal.

¿Hizo bien en desviarse?

1/ Conocí a Lenna por error. Era o debe seguir siendo la joven de lentes oscuros que hace tres años fue mi traductora en Helsinki y otras ciudades. Ella no es rubia ni tetona como sus compatriotas. Lenna era o es delgada y fría. Sonríe apenas y lo hace como un deber de conciencia. Yo había viajado al país nórdico en mi condición de geógrafo; necesitaba tomar datos para escribir un libro sobre climas extremos. En la oficina donde debía aparecer una tal Dana se presentó Lenna. El cambio inicialmente me fastidió. Pero no tuve a quien quejarme. Con el tiempo Lenna se convirtió en mi casa, mi perro, mi niñez. En el norte habíamos pasado más de cincuenta días sin ver el sol, circunstancia que aproveché cuantas veces pude para sabotearla por completo y quitarle su pesada falda en las interminables veladas del hotel. Qué mejor que eso en una noche del círculo polar que dura dos meses y con una amplitud térmica que no baja de los ochenta grados. Con Lenna habíamos planeado conocer la región de los mil lagos. Pero al final terminábamos desnudos en el sauna o tomando cerveza en los bares de Turku, jugando a las cartas y riéndonos de un probable casamiento en Buenos Aires o en los llanos de Ostrobothnia. Fue en una aldea de esta zona, creo, cuando una tarde sonó el celular que Lenna guarda o guardaba en su cartera de piel de reno. Se levantó demudada del sillón de plumas, se despidió con un gesto que hoy me animaría a calificar de sobreactuado y desapareció de mi vida para siempre.

El aire inquieto acechando,
la intemperie antes del viaje,
sus piernas blancas,
la corteza de los abedules
llena de arrugas leves
e indefensas.

2/ Vuelvo ahora a la menuda figura de Lenna derivando por el bosque. La veo parada como antes al pie de un monte cubierto de hojas tiernas que al quebrarse exudan una leche espesa. Lenna soltándose el pelo para volver a sujetarlo con sincera indiferencia. El aire inquieto acechando, la intemperie antes del viaje, sus piernas blancas, la corteza de los abedules llena de arrugas leves e indefensas. El sonido de un alambre golpeaba el mástil, un santuario en los troncos recién derribados, la sombría amenaza del hacha, los cazadores furtivos y en tensión. Nuestros cuerpos tendidos en un claro del bosque se retorcián junto al espectro de los tiempos. Astillas quebradas al caer, un vendaval de flores amarillas y el viento liviano y extrañamente dulce. La caminata se iluminaba aún más tras la caída. Tal vez hubiera una cima luego del recodo, un collar con las cuentas desparramadas, el aullido de un lobo herido de muerte. Todo se resolvió camino a la tundra, jugando con la sombra y acercándonos al lago erizado por el viento. Cerca de ahí descubrimos ardillas en los huecos y hasta una forma de oso agitada en la espesura. Traté de robar una fruta roja y alargada pero Lenna me rogó que no lo hiciera. Y la vi luego alejarse como un grajo bajo el cielo atormentado.

3/ Antes de conocerla tenía otros planes: un sentido diferente del placer. Hoy sigo fiel al cordero de dos cabezas. Renuncié a la autopista y tomé el camino de cintura. Ya no hay ruta sino senderos tortuosos, llenos de tosca y pozos negros. La amenaza es constante y el riesgo evidente. Algunos piensan que estoy loco y debo estarlo. Todavía pego fotos de Lenna en las ciudades. En el extremo superior se lee la palabra BUSCADA.

4/ Perdido el hilo todo es laberinto.

Luis Gruss

Los deportistas trasladan su impronta victoriosa a cualquier actividad que desarrollen. Los anima la fecundidad de testosterona que provoca el espíritu competitivo. Son botellas de gaseosa tibia sacudiéndose en un camión de reparto.

En la casa de mis padres hay una vitrina donde copas y medallas no se distinguen sino por acumulación. Papá repasa sus conquistas y la de mis hermanos cada domingo al atardecer, en un momento de soledad que bien podría acompañar con pipa. Es un mueble poco pretencioso y se asemeja al que los clubes adecuan en el pasillo hacia el buffet. La mayoría de los trofeos corresponden a los alcanzados en torneos de tenis, aunque también los hay de golf, fútbol y natación. Los de canasta son de mamá y míos no hay ninguno. Decidí abandonar cualquier práctica deportiva a los catorce años, cuando una pelota de tenis me pegó en el estómago. Pero no fue el golpe sino la reacción de papá, mi compañero de dobles, que en lugar de tomárselo a risa empezó con su bravata de técnico sabelotodo. El siguiente me dio en la cabeza y el último en la boca. Papá pidió disculpas porque su verdadero hijo jugador no pudo venir, y suspendió el partido. Contado así parece un episodio traumático, aunque la exageración en algunos detalles corre por mi cuenta. No estoy seguro de que papá haya dicho eso y tampoco recuerdo con exactitud si el pelotazo en la boca fue en ese u otro partido. Pero sí sé que desde entonces tengo aversión por competir en cualquier cosa y cada vez que me siento inseguro veo cómo una pelota de tenis viene hacia mí.

En la última semana se sumaron dos hechos que desmienten todo lo anterior. Contados así, en el orden en que están contados, y con la selección de escenas que estoy haciendo, todo da pie para historias con moraleja a las que soy propenso.

Sabiendo de mi afinidad por la natación, un amigo me invitó a participar de una competencia interclubes que organizaba su escuela. Se hacía un domingo a la mañana en un barrio tranquilo del oeste. Existían dos posibilidades de inscripción: novatos o master. Me explicó que los novatos representaban esa parte del deporte, la de jugar por jugar, que solo vi en películas. Por eso no habría vencedores. Por eso los nadadores tendrían todo el tiempo del mundo para recorrer la cantidad de piletas asignadas a cada estilo.

Me inscribí en croll, que ellos llaman libre. Caminé al cuarto andarivel cuando oí mi nombre. A mi derecha había un anciano en buen estado físico, aunque con el short por encima del ombligo. A mi izquierda, junto al número tres del piloncito, un chico de similar edad y contextura. También había dos participantes más en los extremos.

Tras el silbato me tiré al agua con inéditas ansias victoriosas. Desesperado por llevar la delantera olvidé las técnicas de respiración a la quinta brazada. Tragué agua y se me acalambraaron las piernas. Fui un desecho a la mitad del recorrido. Las antiparras se salieron y los ojos se enturbiaron. No sé en qué momento, pero ahí fue cuando pensé en la relación entre falta de vista y falta de aire. Encima el short se fue aflojando.

Los últimos cincuenta metros (eran cien en total) se me hicieron eternos. Pero llegué a la meta.

Ultimo.

El medallón entregado por la Escuela de Natación "Al agua pato" tiene como emblema a un pato con lentes y visera, amarillo, con un salvavidas rojo que camina sonriendo como puede caminar un pato rumbo al agua. Abajo dice que "Yo participé".

Saqué las copas de champagne del modular y ahí lo puse. Los domingos después de comer lo miro mientras fumo pipa. Una costumbre que empecé hace poco.

Marcelo Miceli

Si yo fuera un buen escritor, este texto debería finalizar con la frase "el desvío es parte del camino". Para eso tendría que inventar o rememorar (da lo mismo) una historia conmovedora relacionada con un personaje valiente, supongamos, un inmigrante italiano que llega a la Argentina a comienzos del siglo (del siglo pasado, obvio) y se hace anarquista y pelea en huelgas durísimas y tiene dos hijos a los que apenas puede alimentar. Emocionante, claro. Pero como soy cualquier cosa menos un buen escritor voy a terminar hablando de trivialidades para llenar el espacio de esta columnita. Por ejemplo, las viejas que caminan debajo de techitos con sus paraguas enormes durante las tardes de lluvia. Me pregunto para qué necesitan ir debajo de los toldos si tienen paraguas. ¿Serán parte del desvío?

Otra cosa de la que me gustaría hablar (aunque en realidad estoy escribiendo y no hablando) es de aquellos que se van al exterior seis meses y vuelven al país y simulan haber olvidado los giros idiomáticos del porteño. Entonces dicen "cogeme a la salida del metro" o "platiquemos en el bus". En fin. ¿El lenguaje es parte del camino de la vida? Si yo fuera un buen escritor (y a esta altura del partido ya sabemos que no lo soy) debería buscar una frase que le dé sentido y unidad a este texto. Una iluminación, una sinécdoque (¿qué?) o algo que le permita al lector decir "mirá vos" y luego haga un gestito con las cejas antes de continuar leyendo los otros textos. Pero como no tengo ningún elemento aglutinador, me voy a quejar de la mala utilización de los contestadores automáticos. Usted está comunicado con el

centro de asistencia al suicida. Si tiene un arma en la mano marque el uno. Si acaba de tomarse cincuenta pastillas presione el dos. Si en verdad no es un suicida y solo está tratando de asustarnos, por favor cuelgue y vuelva a llamar en unos minutos. Desvíos para una comunicación eficiente, diría mi amigo el gerente de recursos humanos.

Al final, entre todas las tonteras que puse, ya no sé si el desvío es parte del camino o es otra cosa. Si fuera un buen escritor, pensaría en una frase canchera. Pero no puedo. Confieso que me perdí. Por eso tengo una última pregunta. ¿Perderse es parte del camino o parte del desvío?

Fernando Vico



La gente lee en el subte,
en la calle, en la plaza.
De esa manera se desvía del tiempo
y viaja sin moverse.

Leandro y Analía, su mamá

Plaza de Morón.

La isla del tesoro
Juan Salvador Gaviota

Leandro (8) está empezando a leer *La isla del tesoro*, de Stevenson. Se le pregunta de qué trata esa novela y responde: "El libro habla de un chico que está con unos piratas. Había un pirata que había perdido a todo su equipo porque era muy pero muy malo. Él antes vivía en una casita con la tripulación. Pero lo dejaron sin casa porque el hogar era de sus compañeros. Entonces este pirata malo estaba buscando un lugar donde quedarse. Por una pelea tenía dos dedos de la mano izquierda menos". Analía (34), mientras juega con su hijo, revela que ahora está leyendo una vez más *Juan Salvador Gaviota*, de Richard Bach. Dice que es



la sexta vez que lee ese libro. "Es un canto a la libertad -se entusiasma-. Y esa soy yo. Porque tampoco yo puedo estar atada a nada. El relato habla de la libertad de la gaviota. Ella emigra de un lado a otro y no hay nada que la pueda sujetar... Ni siquiera cuando se enamora. Ella, volando contra el viento, siempre se va".

Magalí / estudiante.

Un café de Castelar

La caída de la casa Usher

Magalí (13) está sumergida en la lectura de un célebre texto de Edgar Allan Poe: *La caída de la casa Usher*. "Usher estaba re mal y justo pasaba un amigo por su casa -describe la entrevista-. Entonces el amigo lo acompaña a ver a la hermana que aparecía muy de vez en cuando. En realidad ella estaba muerta desde hacía mucho tiempo. Usher estaba un poquito loco: era muy sensible y oscuro.



Cuando termina el cuento cae la casa y quedan solamente los escombros. Es un final inesperado y genial a la vez". Magalí está fascinada con Poe y expone, entre otras, una razón para su fanatismo: "Es muy misterioso -resume-. Nunca se sabe lo que va a terminar pasando en sus cuentos. En los finales siempre hay un punto en el que cambia todo y eso justamente es lo que me atrae".

Mariano / estudiante.

Parque Leloir.

Hamlet



Sentado en el pasto, como abstraído de todo lo que lo rodea, Mariano (25) lee *Hamlet*, de William Shakespeare. "Lo fantástico de esta obra está en el fantasma del padre del príncipe y en la riqueza de los diálogos -subraya-. En un momento hablan dos personas y el autor aclara que uno de los actores se dirige hacia adelante y le habla al público. Pero en realidad es como si ese actor monologase. Y así el autor describe lo que el protagonista piensa.

Muestra cómo sería un pensamiento hacia adentro: lo que se siente y se piensa internamente. Es como ponerse en una tercera persona. Cuando está narrando, en cambio, el dramaturgo lo hace en primera. La tercera aparece cuando alguien está afuera y mira hacia adentro de la historia. Cuando termine *Hamlet* voy a emprender la lectura de *Romeo y Julieta* y *El mercader de Venecia*. Leyendo siento que el tiempo se detiene".



Bailarina

Soy mujer. Soy escritora. Soy feminista. Soy un montón de dudas y certezas. Amante inexperta, pretenciosa, poco libre. Fui otras cosas: dueña del mundo, perro dolorido, cuerpo constipado, monumento al orgullo de los solitarios. Hoy canto en la ducha aunque no lo haga y uso frases mentirosas para explicar que algunas veces soy feliz. Antes nunca.

No recuerdo cuándo empecé a gozar y relacionar la felicidad con el placer. Me cuesta marcar una fecha o incluso afirmar que éste es sólo el comienzo o su final. Con los ánimos no juego y sin embargo complico esta charla para decir lo que no puedo. Brazos y pelos tuve siempre. Este sentir no tiene tiempo ni ser. Flota.

Tres mujeres hablamos de nosotras en una reunión donde no hay hombres (de eso hablamos) y descubro que están pero escondidos. Son ellas, yo, las que desprenden un olor que los aleja. Plantas de ruda y con espinas. Ninguna lo ve, lo siente, lo huele. Y todas lloran soledad. Hace poco (esa noche) aprendí a elegir mi realidad.

¿Tendrá esto que ver con el resto?

Mi casa: sesenta metros cuadrados, diez de terraza y un ficus que muere ahogado: exageraré. Siempre lo hago. ¿No era el agua su alimento? ¿Cómo pudo matarlo? ¿Y qué será de mí si inhalo todo el aire que pretendo? Dudo que esto pueda interesarles. Pero el intento construye la vida que llevo. Intentar me sobrevive. Quiero contar que escucho la voz de mi vecino jugando con su hijo en la vereda. ¿Molestando? Es parte del ruido que soy. Para ustedes las cosas son más simples. No voy a creerles. Diviértanse conmigo mientras tanto. Pretendo convertirme en bailarina de cabaret: voy a desnudarme. De a poco. Saludos,

Violeta



TRES ROSAS AMARILLAS
RAYMOND CARVER
COMPACTOS ANAGRAMA

Baricco (autor de *Seda*) dice que Carver es un impostor: parece que un editor fantasma es el verdadero artífice de esos finales secos y perturbadores que lo hicieron célebre. Paso por alto a Baricco y a los aficionados a derribar ídolos: Carver más su editor son lo mismo para mí. Quien tenga dudas que lea este libro maravilloso. El título es el del cuento que escribió en homenaje a su admirado Chéjov. Pero hay más relatos inmejorables: *Caballos en la niebla*, *Intimidación*, *Cajas*. Un mundo lleno de parejas que fuman, beben, cogen, se pelean, retornan al ruedo y vuelven a discutir en la cocina. Queda siempre flotando una sensación de alguna cosa sin decir, algo indefinible, una pregunta que jamás será respondida. Los cuentos son tristes pero con un increíble poder curativo. La receta de la salvación consiste en leerlo ya mismo. Claro que el remedio incluye espinas, el precio a pagar.

L.G.



LOS GALGOS, LOS GALGOS
SARA GALLARDO
SUDAMERICANA

Hay libros que llegan en el momento justo. El *Epitafio para los perros muertos sobre la tierra* fue mi entrada al mundo de Julián. A su vida en permanente resistencia entre idealización y realidad, vida rural y condicionamientos sociales.

Todos conmueven: con amor u odio, impotencia o ternura. Ni las mujeres, ni los capataces, ni los galgos permiten una mirada indiferente.

Las Zanjas -el campo que fuera legado familiar- también es protagonista. Julián lo transforma con sus acciones. Las descripciones se construyen atentas a los sentidos, pero sus acciones son relatadas con frases de extraña sintaxis. Ambas resultan un todo armónico y atrapante.

La primera persona ahonda en la mirada de un hombre y su proceso vital. Del joven aristocrático (que sueña con instalarse junto a su amor), al ser resignado, en un mundo ajeno, junto a una mujer que no desea. Sólo el vínculo con los galgos logra rescatarlo de la inercia, aunque sea a través del dolor.

Mariana López Piuma



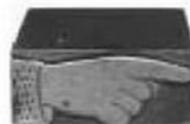
PEQUEÑAS CRIATURAS
RUBEM FONSECA
NORMA

El brasileño Fonseca tiene más de ochenta años, pero resulta difícil imaginarlo durmiendo la siesta. Sus criaturas se involucran en situaciones extremas y desconcertantes: un hombre que se tatúa el pene, otro que debe elegir entre dentadura o silla de ruedas, una mujer que recibe mensajes anónimos bajo la puerta. Personajes tratados sin concesiones ni juzgamientos. Su estilo es democrático. Habla de las miserias de ricos y pobres por igual, no subraya ni es maniqueo. Se angustia por las contradicciones del deseo, de la lucha de clases y de la muerte, pero les suma un humor feroz. En *Comienzo*, deja entrever una clave: "En el quiosco de libros de la plaza leí un poema donde el autor dice que el mundo es doloroso, los seres humanos no merecen existir y él, poeta, sospecha que la crueldad de su imaginación está en cierto modo conectada con sus impulsos creativos". Mientras el mundo sea una mierda, el viejo tendrá material para su imaginación.

F. V.

ENIE

Al pie del logo del semanario *Ñ* de Clarín se aclara su condición de revista de cultura. ¿Lo es realmente? Podría ser considerando que la mayoría de sus columnas, reseñas y reportajes aluden a temas relacionados con cine, teatro, literatura, música, etcétera. La duda surge al comprobar que en la mayoría de los casos se trata de promociones vinculadas a la demanda mercantil. *Ñ* se nutre de fenómenos, tendencias, éxitos editoriales y sucesos que bien podrían publicarse -sin adornos- en el suplemento económico del diario. La cultura no se compone de noticias y/o publicidades encubiertas. Cultura es lo que queda cuando nos olvidamos de todo.



VIDA PUERCA

Una reciente edición de *América* -primera novela de Kafka- lleva el nuevo nombre de *El desaparecido*: así se iba a llamar hasta que llegó Max Brod y se lo cambió. El lector desprevenido caerá en la trampa si no lee con lupa la contratapa de Nuevas Ediciones de Bolsillo.

¿Para cuándo *La vida puerca*, ese librito inédito que Arlt finalmente, pero sin mucho convencimiento, tituló *El juguete rabioso*?

TE VAS A EMOCIONAR

Un aviso de la novela *La catedral del mar* (donde no figura nombre del autor) dice que hasta hoy se vendieron de ese libro un millón de ejemplares. El anuncio anticipa al lector lo que va a ocurrir con su sensibilidad si se suma al millón de felices lectores. Te vas a emocionar, asegura. Queda hecha la advertencia.

CHÉJOV

"No es la escritura en sí misma lo que me da náuseas; me molesta el entorno literario del cual no se puede escapar".

(De una carta a su amiga Lidia Avilova, 25 de julio de 1898)



SEXO EN NAVIDAD

Nada mejor para las fiestas que regalar libros. Lo dicen casi todas las editoriales y los suplementos culturosos apoyan la idea. No vamos a ser menos. Para estas fiestas recomendamos la compra y regalo a mamá, abuela y tías del libro titulado *Cuentos eróticos de Navidad* (Tusquets). Hay mucha nieve ahí, nochebuenas inolvidables y arbolitos siempre duritos.



CHE!

Debemos agradecer que ensayistas extranjeros hayan podido alumbrar algunos aspectos de la oscura historia nacional. Pero qué decir cuando en su exhaustiva biografía del Che, Jon Lee Anderson dice que después de un aguacero Guevara se dirigió hacia Jujuy, "el lugar donde se declaró la independencia nacional". O que atribuya a Tania la guerrillera la autoría de *Zamba de mi Esperanza* "entre otros poemas". Parece que el revisionismo histórico no está bien revisado.





Vivir sin desviarse

El elogio del desvío niega las virtudes de la recta. ¿Qué pasa con aquellos que focalizan un objetivo, trazan un plan y direccionan sus esfuerzos para cumplirlo? Establecen jerarquías. Desechan lo que no sirve a su propósito. Porque van derechos la izquierda les dirá derecha. Anda en rectitud y tus hijos serán dichosos después de ti, dicen que dice un salmo.

¿Y si lo importante no es competir sino ganar? Ganar en lo que se propongan: San Martín liberó América; Federer casi que no pierde; Hitler iba derecho (ejemplo incorrecto).

Hay escritores que no pueden comenzar sus novelas sin asegurarse el final y lo que va del principio hacia ese final. Y también logran buenos textos. Hay otros que se proponen ser escritores y lo logran, y acaso tengan o no buenos textos, pero esa no era la impronta. Y

lo logran. Y hay artistas (resumamos así) que proponen el desvío porque no saben mantenerse derechos. Entonces acuden a las irrupciones para incorporarlas así como vienen, porque no saben cómo avanzar. Invocan a la vanguardia, al absurdo y a la mediocridad. Están los que en el momento creativo dejan entrar el afuera, y del camino inicial se apartan un poco, mucho, algo. Y están los que no dejan entrar a nadie, nada se apartan, siguen como toros hacia la ingle del torero.

A los primeros los rodea el halo de la bohemia y los segundos son bonitos y educaditos. Los ganadores portan mala prensa y envidia.

¿Por qué siempre es necesario alistarse en un bando? ¿Para ir a qué combate? Ni curvas ni rectas. Acaso solo hacer lo que se siente. No estafarse.

IRSE es una ciudad
tiene las calles angostas
el aire un poco frío

IRSE tiene cuatro casas
dos establos
y un semáforo
también tiene
un bosque
y a mí

a IRSE nunca vino nadie
de IRSE aún nadie se ha ido
para decirlo
están ahí
el viento
las piedras
el retrato del abuelo
un poco de mi voz
el anverso de las hojas
y yo otra vez
y yo sin nada

Leonardo Dolores

ferrograf
cooperativa de trabajo Ltda.

30 años imprimiendo

Boulevard 82 N° 535 / TeleFax: (0221) 4793548
www.ferrograf-ctl.com.ar / ventas@ferrograf-ctl.com.ar